

# ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE LOS PRINCIPALES TEXTOS ESCATOLOGICOS DE NUESTRO SEÑOR

## *Introducción.*

Con sagrado temor vamos a presentar algunas observaciones sobre un grupo de textos, los más difíciles e impresionantes quizá de todo el Nuevo Testamento: los llamados textos *escatológicos*. No hace muchos años esos textos eran para muchos heterodoxos el arma preferida de combate contra lo más vital y trascendente de nuestra santa religión; resonaban clamorosos gritos de guerra y, entre el estruendo y tumulto, el suelo mismo parecía vacilar. Aquel momento pasó: el más entusiasta campeón del escatologismo en Alemania, Alberto Schweitzer, ha desaparecido (1), y su célebre obra *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung* está muy lejos de provocar los aplausos y vivas emociones de antes; el apóstata Loisy, cuyos escritos hasta 1910 daban una importancia preponderante al elemento escatológico, ha ido después a buscar inspiración en los autores de la escuela *comparatista*; igualmente en Inglaterra y en otras naciones, la escuela escatológica ha perdido mucho terreno, empujada por nuevas hipótesis, y sus ojos de fuego ya no brillan, siniestros y amenazadores, como hace unos veinte años. Estamos, pues, en tiempos a propósito para entrar en un examen sereno y objetivo, sin tanto peligro de incurrir en aquellas exageraciones y radicalismos de oposición a que puede conducir el ardor momentáneo del combate.

La dificultad tomada de los textos escatológicos es muy obvia y, además, fácil de presentar en pocas palabras. A saber: "Cristo, repetidas veces y con toda claridad, anunció solemnemente que no pasaría una generación de hombres antes de que él viniese de nuevo sobre las nubes del cielo, con gloria y majestad, para el establecimien-

---

(1) Cuando escribíamos estas líneas, aún no había llegado a nuestra noticia la nueva obra sobre *el escatologismo* de S. Pablo, que tras largos años de silencio Schweitzer ha publicado.

to definitivo del reino de Dios en su consumación final y perfección última. Ahora bien, nada más evidente que la falsedad de todas estas predicciones. Luego Cristo, ni es ni puede ser verdadero Legado divino. Y cae con esto por su base profanado y deshecho el único sostén de la Iglesia Católica.” La consecuencia no puede ser más grave; su interés es supremo; es, además, obvia en el orden moral, y en vano nos esforzaríamos por impedir su fuerza destructora con sutilezas metafísicas.

Los textos con que los adversarios prueban la primera afirmación, son cuatro principalmente. 1.º Cristo, al confiar a sus discípulos la misión de evangelizar “las ovejas que perecieron de la casa de Israel”, les predice: “Cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra; porque en verdad os digo, que no acabaréis las ciudades de Israel antes que venga el Hijo del Hombre.” (1). 2.º Cristo, hablando de su venida para retribuir a cada uno según sus obras, inmediatamente a continuación añade: “En verdad os digo que de los que están aquí, hay quienes no gustarán la muerte hasta que hubieren visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino.” (2). 3.º Cristo, ante el Sumo Pontífice, solemnemente afirma: “...desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder (de Dios) y viniendo sobre las nubes del cielo” (3). 4.º En fin, y constituyendo grupo aparte, Cristo, preguntado por sus discípulos sobre el tiempo de la ruina de Jerusalén y de su templo, y a la vez sobre las señales de su segunda venida y del fin del mundo: *a)* por de pronto junta en una misma descripción y presenta en un mismo cuadro y dentro de una misma perspectiva la ruina del templo de Jerusalén, el fin del mundo y su advenimiento glorioso; *b)* después termina toda la descripción con esta afirmación solemnísima: “En verdad os digo que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas hayan acontecido.” (4).

No han faltado, como es natural, exposiciones y defensas por parte de los católicos; todavía resuenan en nuestros oídos las elocuentísimas palabras del R. P. Billot (5), para no citar sino a uno entre muchos. Pues entonces, ¿qué nos proponemos nosotros con las pre-

(1) *S. Mat.*, X, 23.

(2) *S. Mat.*, XVI, 28; cfr. *S. Marc.*, IX, 1, y *S. Luc.*, IX, 27.

(3) *S. Mat.*, XXVI, 64; cfr. *S. Marc.*, XIV, 62, y *S. Luc.*, XXII, 69.

(4) *S. Mat.*, XXIV, 34; cfr. *S. Marc.*, XIII, 30, y *S. Luc.*, XXI, 32.

(5) *La Parousie*, París, Beauchesne, 1920.

sentes observaciones? Un fin modestísimo, pero práctico, que vamos a exponer.

Al seguir nosotros con espíritu atento el curso de esta difícil controversia y ponderar detenidamente las múltiples explicaciones dadas a los textos arriba citados, hemos notado que modernamente comienzan ya a proponerse algunas determinadas explicaciones, como si fueran *ciertas*, o por lo menos con una resolución y un exclusivismo que no creemos bastantemente fundados. No ya autores superficiales y arrebatados, o metafísicos abstractos y ajenos a las ondulaciones e indecisas tintas de lo real, sino grandes teólogos y apologistas, de un equilibrio y sensatez intelectual notables, dan su veredicto inflexible en pro o en contra de alguna de las explicaciones. Así, por ejemplo (y queremos comenzar con la cita de un egregio teólogo español y de casa, para que no se nos pueda tachar de ir demasiado lejos a buscar ejemplos), el R. P. Beraza, hablando del gran discurso escatológico contenido en el capítulo XXIV de S. Mateo, dice que hay evidente repugnancia en que se refieran a la consumación del mundo las palabras *haec omnia* del vers. 33 de S. Mateo en el cap. XXIV: "...ita et vos cum videritis haec omnia, scitote quia prope est in januis" (1). Y como el *haec omnia* del vers. 33 debe ser tenido, so pena de una funesta arbitrariedad, como de contenido y significación idéntica al *haec omnia* del vers. 34, he aquí que quedan marcadas con un terrible calificativo explicaciones de veneranda antigüedad y que aun en nuestros días son preferidas por autores eminentes. Casi con igual decisión, el R. P. Grandmaison se expresa en favor de una determinada explicación de los otros textos que arriba hemos citado: "Ces remarques ne valent d'ailleurs que pour le grand discours apocalyptique, les autres prédictions... s'appliquant sans conteste au premier avènement de Jésus." (2).

*A priori* se asusta uno de tanta resolución en materia tan difí-

(1) *Tract. de Deo elev.-de Peccat. Orig.-de Noviss.; de Noviss.*, sect. II, cap. III, a. I, n. 1527, p. 667, Bilbao, 1924. Con igual resolución, el R. P. BIRLLOT escribe, a propósito de la palabra  $\eta\tau\epsilon\tau\alpha\omega\tau\eta$ , que, según él, significa "la época de los contemporáneos de Jesús", no "raza, descendencia", etc.: "Aucun doute ne semble possible à cet égard... Pareille interprétation du texte évangélique défie toute créance, et se présente comme entièrement inadmissible." (*La Parousie*, art. deuxième, pp. 39-40.)

(2) *Jésus Christ*, II, l. V, ch. II, 3, p. 304.

cil y envuelta en misteriosa obscuridad; y viénele al pensamiento si esas fulminantes sentencias serán quizá un efecto más o menos consciente, más o menos mediato, del ardor del contraataque y de un ímpetu de reacción. En vista de ello, y para contribuir en la medida de nuestras fuerzas a que no se estreche más de lo conveniente la exégesis de los católicos en textos tan misteriosos, vamos a exponer algunas observaciones que tiendan a sostener que *“cabe aún dudar legítima y razonablemente”* de la verdad de esas explicaciones propuestas en términos tan perentorios, porque hay otras que reúnen también en su favor argumentos *sólidamente probables*. Ese es nuestro intento inmediato. Y lo conseguiremos, si logramos explicar con probabilidad todos los textos anteriores precisamente en la suposición diametralmente contraria y que, por lo menos a primera vista, parece la más obvia y la menos sospechosa de tendencias apologéticas preconcebidas, a saber: en el supuesto de que todos los textos se refieren a la segunda y gloriosa venida del Hijo del Hombre, y de que aquel misterioso *πάντα ταῦτα* se aplica pura y simplemente a lo que también a primera vista parece más obvio, a saber: a cuanto ha expuesto S. Mateo en el desarrollo del discurso escatológico, y por tanto, a la consumación también de todas las cosas. Aceptamos, por consiguiente, en orden a nuestra explicación, aquellas suposiciones, puestas las cuales, ya no piden más nuestros adversarios, porque piensan con ellas, indiscutiblemente, triunfar.

Lo que acabamos de indicar será nuestra *última* conclusión. Pero el camino que vamos a seguir será quizá algo largo; para mayor seguridad nuestra y de nuestros lectores, deseamos recorrerlo principalmente a la luz serena de la sabiduría antigua. Aun en aquellos casos, como lo es el presente, en que no puede formarse con los testimonios de la tradición un argumento teológicamente cierto, siempre es grato y provechoso para un teólogo ponerse en contacto y, en cuanto fuere posible, de acuerdo con lo que pensaron y sintieron sus mayores. Con todo no será nuestro estudio sino imperfectísimo; apenas hemos podido hacer otra cosa que espigar aquí y allí algunos documentos de la tradición. Pero bueno es comenzar; otros vendrán y perfeccionarán la obra. Iremos exponiendo los textos según la mayor riqueza de elementos tradicionales que hayamos encontrado para su interpretación. Y el primero es el de S. Mateo, c. XVI, v. 28. Mas antes de comenzar la exégesis de éste y de los demás textos

conviene recordar una idea obvia, pero de incalculable importancia.

La divina legación de Jesús se presenta apoyada en un conjunto de pruebas tan sólido y macizo que resiste todo ataque, y tan espléndidamente maravilloso que no puede menos de imponerse y subyugar a todo espíritu recto que atentamente lo considere. "El dedo de Dios está ahí", exclama uno arrastrado por la fuerza incontrastable de la verdad; El ha escrito, indudablemente, esas magníficas credenciales radiantes de luz, de fuerza y divinidad. Ahora bien, dentro de ese luminoso conjunto de argumentos sin respuesta satisfactoria, y de pruebas sin réplica sensata posible, los textos escatológicos, ¿qué significado y qué valor pueden tener?

Ante todo pide la más elemental cordura que, *si se puede*, se interpreten armónica y coherentemente con todo lo demás. En otras palabras, si tales textos, dentro del conjunto integral, son a manera de puntos *indeterminados*, que, tomados en sí mismos, podrían ser un error, pero que pueden también interpretarse en armonía con lo que demanda imperiosamente la trama entera de la vida de Jesús, ningún varón, intelectualmente probo y equilibrado, podrá jamás vacilar en lo más mínimo; antes se sentirá obligado a interpretar honrada y lealmente esos textos, de modo que no ofrezcan sentidos erróneos ni falsas profecías de Jesús. Más aún: aunque los textos escatológicos no se pudieran probar *positivamente* armónicos y coherentes con todo lo restante de la vida de Jesús, sino que permaneciesen puntos oscuros para nosotros e *indescifrables*, aun entonces, con tal que no se demostrase (en el sentido técnico y estricto de la palabra) ser ellos un error, deberíamos confesar llanamente nuestra imposibilidad de dar una explicación positiva, pero sin que por ello dejásemos de admitir la fuerza misma de las pruebas. Y es que apenas hay verdad de importancia, sin exceptuar siquiera esas que constituyen los fundamentos de la vida moral, a la que no lleguen más o menos las sombras del misterio; buscar evidencia perfecta sin mezcla alguna de sombras en toda verdad *cierta* es propio tan sólo de varones poco equilibrados o de infantes en la vida intelectual. Hay muchas verdades, y cuanto más trascendentales, quizá más, que son certísimas y descansan sobre pruebas que verdaderamente "mole sua stant"; y no obstante, una vaga neblina rodea a veces sus contornos, y algo se nos esconde tenazmente, y algo nos queda por descifrar y aclarar. En tales casos, aunque veamos que las dificultades no pueden

remover el valor de las pruebas, con todo no vemos a la vez una explicación que totalmente satisfaga al entendimiento y quite la posibilidad de toda duda imprudente. La criteriología, cosmología, psicología, ética, teodicea: toda la filosofía, en fin, nos da abundantes ejemplos. La misma verdad certísima de la existencia de Dios no está exenta de fantasmas y sofismas en contrario. Es, por consiguiente, propio de un varón prudente apreciar ante todo el valor de las pruebas, y según la firmeza y dignidad de éstas dar su asentimiento, y no vacilar en darlo *cierto* si las pruebas aparecen, ellas en sí mismas, necesariamente conexas con la verdad. Después de lo cual viene el buscar razonables explicaciones a ciertos puntos más o menos obscuros, más o menos accesibles al sofisma; pero que, aun por el mero hecho de no poderse demostrar que son opuestos a las pruebas, las dejan a éstas intactas y en todo su valor. Precisamente el trocar este orden es la raíz profunda de la perversión intelectual de no pocos espíritus, sobre todo en materia moral y religiosa. Hay, por desgracia, quienes en tales materias instintivamente concentran primero sus fuerzas en el lado obscuro de la cuestión, se dejan impresionar morbosamente por las dificultades que escudriñan hasta la saciedad, a veces por debilidad mental y, por decirlo así, por falta de higiene intelectual, pero a veces, con un no sé qué de maligna complacencia; y con esta mala disposición y, además, sólo en segundo término, pasan a una consideración tibia de las razones mismas, cuyo valor era lo primero que debían ponderar. Atacan antes de considerar; entran arguyendo, cuando debieran comenzar callando, aprendiendo y buscando con humildad y sinceridad. De tal pecado, librenos Dios.

Y entremos ya en la exposición de los textos escatológicos. Como hemos dicho, nuestro intento es modestísimo; se reduce a probar que las explicaciones que interpretan todos esos textos acerca de la segunda y gloriosa venida del Hijo del Hombre, son explicaciones *suficientemente probables*, y que, por tanto, tienen derecho a subsistir. Mas si alguien quisiera extenderse a defender algo más, no seremos nosotros quienes nos opongamos.

## I

*“...Porque el Hijo del Hombre ha de venir, con sus ángeles, en la gloria de su Padre, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras. En verdad os digo que, de los que están aquí, hay quienes no gustarán la muerte hasta que hubieren visto al Hijo del Hombre viendo en su reino.”* (1).

La primera lectura del último versículo parece desconcertar, y casi produce una impresión fulminante. De él escribe el R. P. Lagrange: “Ce texte est de beaucoup le plus fort pour l’opinion qui attribue à Jésus une prédiction formelle de la prochaine fin du monde.” (2). Por su parte, el apóstata Loisy da por fracasados todos los esfuerzos de los intérpretes que no vean aquí la profecía de la segunda y gloriosa venida de Cristo dentro de un plazo muy breve: “Les efforts des interprètes pour limiter la prophétie au miracle de la transfiguration, qui va être raconté, ou à la résurrection du Christ, à la fondation de l’Eglise, à la ruine de Jérusalem, échouent devant l’extraordinaire lucidité du texte évangélique...” (3).

No es nuestro intento exponer ahora las diversas explicaciones que de él se han dado, y menos aún el refutar directamente alguna o algunas de ellas. Pero sí que desde el principio queremos afirmar que la tradición patrística ha marcado ya desde antiguo una dirección bastante fija en la interpretación de este texto, ofreciendo así un elemento principal de explicación, que es indispensable conocer y tener en cuenta. Y ¡cosa extraña!, la misma tradición patrística da también indicaciones numerosas y bastante claras para ver expresada en dicho texto la segunda y gloriosa venida personal de Cristo, sin que, no obstante, deba deducirse que ésta haya de tener lugar en plazo muy corto, dentro de aquella generación que escuchaba a Jesús. Y entremos ya en materia. Pero iremos gradualmente, hasta llegar a lo último, a saber: que no se imponen ni son ciertas las explicaciones del texto de S. Mateo, que lo refieren a la primera venida de Cristo; antes bien, es *suficientemente probable* que en dicho texto se trata de la segunda y gloriosa venida personal de Cristo.

(1) *S. Mat.*, XVI, 28.

(2) *Revue Biblique*, *L'avènement du Fils de l'homme*, 1906, p. 563.

(3) *Les Evang. Synopt.*, II, §. XLI, p. 28, Ceffonds, 1908.

## PARTE PRIMERA

Y ante todo, ¿cuál es el elemento de explicación que nos ofrecen los Santos Padres y que es preciso tener en cuenta? No es posible vacilar, pues se trata de un hecho histórico bien probado. Los Santos Padres y demás escritores eclesiásticos hasta el final del siglo VI, en que con S. Gregorio Magno, según después veremos, comienza a introducirse un nuevo elemento de explicación, constantemente, en serie bastante numerosa, señalan *la transfiguración* del Salvador, y sólo la transfiguración del Salvador, bien que mirada en su pleno y misterioso significado, como el cumplimiento de la promesa contenida en aquellas palabras: “...sunt quidam de hic stantibus qui non gustabunt mortem, donec videant Filium Hominis venientem in regno suo”. Con mayor razón podemos afirmar que no conocemos ningún Santo Padre ni escritor eclesiástico antiguo que excluya jamás de sus explicaciones la transfiguración del Salvador.

No es extraño. La primera lectura de los tres sinópticos sugiere bastante ese modo de ver de los Santos Padres; y quizá sólo en virtud de otras consideraciones, como por ejemplo de las graves dificultades que parecen seguirse, busca uno el filón de explicaciones diversas. En efecto, después de la promesa, continúa inmediatamente S. Mateo: “Y seis días después, Jesús toma consigo a Pedro y a Santiago y a Juan, el hermano de éste, y los lleva aparte a un monte alto, y fué transfigurado delante de ellos...” (1). El giro de la frase, precedida de la conjunción *y*, es, por de pronto, apto para expresar una íntima conexión. Además hágase la prueba de substituir las palabras “...donec videant Filium hominis venientem in regno suo” por estas otras: “...donec videant Filium hominis in gloria sua”—como leyeron algunos antiguos—, y entonces la conexión con la transfiguración parece obvia y natural. Luego es la *materia* de la frase, es aquel misterioso “venientem in regno suo” lo que en buena parte contribuye a ver desligadas la promesa del Salvador y la escena de la transfiguración. Igual giro y modalidad de conexión que en S. Mateo se lee en S. Marcos; muy semejante en S. Lucas, que aun parece recalcarla más: “Y sucedió, como ocho días después que hubo

---

(1) XVII, 1-2.

dicho estas palabras, que tomó consigo a Pedro, a Juan y a Santiago y subió al monte a orar..." (1). A propósito de esta conexión escribe, con su acostumbrada energía, el P. Billot: "Il était impossible de mieux souligner la connexion de la précédente promesse avec la vision dont furent favorisés les trois apôtres sur le Thabor." (2). Sin atrevernos nosotros a tanto, creemos con todo, según acabamos de indicar, que por lo menos la primera lectura de los tres sinópticos sugiere bastante una conexión, como de promesa y cumplimiento, entre las palabras del Salvador "sunt quidam..." y la transfiguración. Y vengamos ya a los Santos Padres.

### S I G L O S I I - I I I

Durante los siglos II y III, los Santos Padres apenas tocan en sus escritos el texto en cuestión de S. Mateo ni sus paralelos de S. Marcos y S. Lucas.

Por Clemente de Alejandría se nos han transmitido unos fragmentos del gnóstico *Teodoto* (c. 140), en los cuales vemos ya aplicando el texto de S. Mateo a la transfiguración. El Señor—dice Teodoto—, "cuando fué visto en gloria por los Apóstoles sobre el monte, al mostrarse a sí mismo, no lo hizo por sí mismo, sino por la Iglesia... Sobre todo que convenía que se cumpliera también aquella palabra del Salvador: *Hay algunos de los que aquí están que no gustarán la muerte hasta que hubieren visto al Hijo del Hombre en gloria*. Vieron, pues, Pedro y Santiago y Juan, y murieron." (3). Como se ve, el texto es ciertamente el de S. Mateo; pero se le modifica ligeramente y se le da una forma que lo hace más fácil de aplicar a la transfiguración. En vez de ἐως ἣν ἴδωσιν τὸν Υἱὸν τοῦ ἀνθρώπου ἐρχόμενον ἐν τῇ βασιλείᾳ αὐτοῦ, se dice sencillamente: ...τὸν Υἱὸν τοῦ ἀνθρώπου ἐν δόξῃ.

Aunque indirectamente, podemos aducir con bastante probabilidad el testimonio de *Taciano* (fl. 165). Como es sabido, el *Diatessaron* de Taciano se nos ha conservado en buena parte a través de los comentarios de S. Efrén, que han llegado hasta nosotros en un epítome escrito en armenio. En estos comentarios, el célebre versículo 28 del

(1) IX, 28.

(2) *La Parousie*, art. sixième, p. 188.

(3) *Corpus Berol.*, *Clem. Alexandr.*, III, ed. Stählin, p. 106.

capítulo XVI de S. Mateo: "Hay algunos de los que aquí están...", y los versículos 1-9 del capítulo XVII, referentes a la transfiguración, aparecen unidos, formando un todo. En efecto, el último de los versículos inmediatamente antes comentados es el 23 del capítulo XVI, que contiene la reprensión dada por Jesús a S. Pedro. Por consiguiente, se omite toda la exhortación del Señor a llevar su cruz (versículos 24-26), y la breve descripción de su venida como Juez en el día del juicio (versículo 27), al cual precisamente quieren los de la escuela escatológica unir el versículo 26, mientras lo desligan en absoluto de la escena de la transfiguración. Ahora bien, como este breve versículo 28 no parece formar un todo por sí solo, a manera de perdido aerolito entre la escena de Cesarea de Filipos y la transfiguración, luego, según Taciano, se juntaba con la escena de la transfiguración narrada inmediatamente después por los tres sinópticos, para formar con ella un todo (1).

Sospechosas serían estas dos autoridades de Teodoto y Taciano si en su testimonio pudiese verse cualquier influjo, por tenue y remoto que fuese, de sus respectivos errores. Pero no hay nada de eso; además, estando la obra de Taciano destinada a una gran difusión, como de hecho la tuvo, no es verosímil que en este particular, indiferente para los errores del autor, contuviese un modo de ver único y original (2).

No era posible que aquel gran hombre, *Orígenes* (254/5), no tocase este texto en sus vastos comentarios sobre la Sagrada Escritura y que no se diese a explicarlo, como es costumbre suya, con aquella mezcla de sinceridad, de sentido tradicional y a la vez de temeraria audacia que le es tan característica. Llega, pues, al texto en su comentario sobre S. Mateo, y por de pronto, nos certifica que el referirlo a la transfiguración no era exégesis nueva: "Haec referunt

(1) *Ev. concord. exposit. facta a S. Ephraemo*, c. 14, ed. *Aucher-Moësinger*, p. 155 ss., Venetiis, 1876.

(2) En el arreglo latino del Diatessaron copiado en el *Cod. Fuld.* de la Vulgata del N. T. bajo la vigilancia de Víctor de Capua (*Cod. Fuld.*, *N. T. latine interprete Hieronymo ex manuscripto Victoris Capuani edidit prolegomenis introduxit, commentariis adornavit ERNESTUS RANKE*, c. XCII; Marburgi et Lipsiae, 1868, p. 86, cfr. *ML*, 68, 299; el capítulo de Migne, correspondiente al XCII de Ranke, es el XCI), y en el arreglo arábigo editado y traducido al latín por el P. A. CIASCA (Roma, 1888), el vers. "Sunt quidam..." se pone como encabezamiento de la escena de la transfiguración.

nonnulli ad trium apostolorum in montem excelsum seorsum cum Jesu ascensum... et ajunt quidem qui expositionem hanc tuentur, non gustasse mortem Petrum et reliquos duos antequam viderint Filium hominis venientem in regno suo, in gloria sua (1). Videntes enim transformatum Jesum coram se ita ut splenderet facies ejus, et reliqua, viderunt regnum Dei veniens in virtute" (2). A continuación añade Orígenes el juicio que le merece tal interpretación: "Haec autem expositio... iis convenit qui, sicut a Petro appellantur, facti sunt *sicut modo geniti infantes, rationabile sine dolo lac concupiscentes...* (3). Sed qui a lacte depulsus est... in istis ut in tota Scriptura quae siverit cibum, qui alter est ab eo cibo qui cibus quidem est, at alimentum solidum non est, et aliud ab iis quae olera tropice appellantur &." (4). Por tanto, en vez de aquella explicación sencilla, acomodada a los que no son capaces de más, él quiere proponer ciertos sentidos elevados que son a manera de manjar sólido. Fácil es reconocer en las palabras de Orígenes el acento de la tradición. Esta contraposición entre la exégesis de algunos, llana y sencilla, a manera de "leche espiritual no adulterada", propia tan sólo para "niños recién nacidos", y entre los altos sentidos que a continuación Orígenes expone por cuenta propia Τὰ οὖν εἰς τὸν προκείμενον τόπου βλεπόμενα ἐπὶ τοῦ παρόντος ἡμῖν, señala con bastante claridad que la primera exégesis hecha ὡς πρὸς τὴν λέξιν (5), y de ese género *la única* mencionada por Orígenes, era ya en tiempo del gran doctor alejandrino la exégesis ordinaria y recibida con la que, a manera de manjar seguro y de leche incontaminada, se alimentaba a lo común de los fieles.

## SIGLO IV

Al entrar en el siglo IV ya no encontramos tan sólo modestos e innombrados exégetas, cuyo testimonio, no obstante es precioso, por ser eco fiel, según parece, de la exégesis entonces corriente; en el si-

(1) Muchos escritores antiguos citan un poco modificado el texto de San Mateo, y en vez de ἐν τῇ βασιλείᾳ αὐτοῦ ponen con frecuencia ἐν τῇ δόξῃ αὐτοῦ. Orígenes junta las dos lecciones.

(2) MG 13, 1052-1053.

(3) I Petr., II, 2.

(4) Lc.

(5) Lc., col. 1065.

glo iv son los grandes Doctores de la Iglesia quienes interpretan el texto de S. Mateo por la transfiguración del Señor. Podríamos decir que en las plumas de tan excelsos maestros dicha interpretación asciende al Tabor.

Y vengamos al Occidente. Dos varones eminentes descuellan, Doctores los dos de la Iglesia universal: *S. Hilario* († 367) y *S. Ambrosio* († 397). Aquél por su larga comunicación con el Oriente, y el gran Obispo de Milán por su formación exegética y teológica en los principales maestros también del Oriente, parecen reunir en sí el sufragio y autoridad de ambas iglesias, oriental y occidental.

En sus comentarios a S. Mateo declara *S. Hilario* con gran lucidez la conexión que tiene la escena de la transfiguración con la doctrina inmediatamente antes dada por el Salvador sobre la importancia de la abnegación propia y de la salvación del alma: vv. 24-27. Cita primero el texto *Amen, amen dico vobis, quoniam sunt aliqui de adstantibus istis...*, y añade: "Docet Dominus et rebus et verbis, et fidem spei nostrae aequaliter sermo atque opus instruunt. Grave enim onus infirmitati humanae imposuerat... Opus ergo erat veri ac manifesti exempli auctoritate, ut contra vim sensumque judicii optabile fieret praesentium damnum, lucro deinceps non ambiguo futurorum. Igitur postquam et tollendam crucem et perdendam animam et damno mundi commutandam vitae aeternitatem monuerat, conversus ad discípulos, ait aliquos ex his futuros, qui gustaturi mortem non essent, donec filium hominis in regni sui gloria contuerentur" (1). La interpretación del pasaje por la transfiguración es evidente; pues sigue el Santo: "... Itaque verba res sequitur. Nam post sex dies &." (2). También el texto está citado con exactitud, si bien en el comentario se le modifica ligeramente: "donec filium hominis in regni sui gloria contuerentur."

En una obra posterior, *De Trinitate*, escrita en el Oriente durante su destierro, S. Hilario se ciñe más en el comentario a la letra del texto y da mayores explicaciones de aquel miembro "venientem in regno suo" (3). Comenta allí el Santo aquel pasaje misterioso de S. Pablo: "Cum autem dixerit, Omnia subiecta sunt..." I ad

(1) *ML* 9, 1012-1013.

(2) *Lc.*

(3) *De Trinit.*, l. XI, n. 21 ss.; *ML* 10, 414 ss.

Cor. XV, 26 sqq.- No viene a nuestro propósito entrar en explicaciones sobre la exégesis del Santo (1). Nos basta notar que S. Hilario, para declarar cómo Cristo reina en su propio cuerpo por la gloria del mismo, aduce el texto en cuestión de S. Mateo: "Et quidem gloriam regnantis nunc corporis sui Evangelica non tacent. Ita enim scribitur, Domino dicente: *Amen dico vobis quoniam sunt aliqui de adstantibus istis...* Et factum est post dies sex assumpsit Jesus Petrum... Gloria itaque venientis in regnum corporis Apostolis demonstrata est; nam in habitu Dominus gloriosae transformationis suae constitit, regnantis corporis sui claritate patefacta" (2). Debe notarse en este pasaje la estrechísima conexión de sentido establecida por S. Hilario entre el vers. 28 del cap. XVI y los vers. 1 y ss. del cap. XVII. Es decir, como cumplimiento de la promesa de Cristo de que algunos verán "gloriam regnantis corporis sui", se aducen aquellas palabras "Et factum est post sex dies..." Por lo cual concluye el Santo: "Gloria itaque venientis in regnum corporis Apostolis demonstrata est, nam in habitu Dominus gloriosae transformationis suae constituit..."

En sus comentarios exegéticos, S. *Ambrosio*, llevado de su deseo de ser práctico y hacer bien a las almas, parece ante todo preocuparse por la lección moral que de la letra de la Sagrada Escritura puede desprenderse. De ahí sus exposiciones entrecortadas, donde se mezclan algo atropellada y confusamente, en constante y rápido movimiento, explicaciones morales y anotaciones literales, aplicaciones, ejemplos, efusiones también del corazón, con las que un gran padre y pastor quiere ayudar al bien de sus hijos, aprovechando los escasos momentos que le deja libres el arduo oficio pastoral. Si con esto el exégeta de profesión se impacienta a veces durante la lectura, en cambio el asceta y el moralista encuentran expresadas en forma sobria y llena de dignidad romana numerosas y atinadísimas observaciones, a manera de intuiciones de la realidad, y una intensidad y como hervor de afecto que admirarán en un hombre tan práctico y cargado con el peso de tantos y tan difíciles negocios.

En nuestro caso pasa lo mismo. La exégesis literal parece lo de

(1) Véase "Praefatio Generalis", § V, al principio de las obras del Santo en MIGNE, *PL*, 9, 87 ss.

(2) *De Trinit.*, l. c., n. 37; *ML* 10, 423.

menos para el Santo; como tantas otras veces, supone la realidad del sentido histórico, pero sus preocupaciones van hacia otros sentidos aplicados o acomodados, que le vienen mejor para el bien de las almas. No importa que S. Ambrosio comente a S. Lucas; pues el pasaje de éste evidentemente corresponde al de S. Mateo en el último versículo del capítulo XVI y los nueve primeros del XVII. Esto supuesto, y sea lo que fuere de sus aplicaciones morales y fuera de la letra, lo cierto es que el Santo Doctor considera en su exégesis el versículo 27 del cap. IX de S. Lucas: *sunt aliqui hic stantes qui non gustabunt mortem donec videant regnum Dei*, y el pasaje íntegro de la transfiguración como un todo intimamente unido. En efecto, termina el comentario de nuestro Santo en el vers. 22 de S. Lucas; comienza luego en el vers. 27: *sunt aliqui hic stantes...* después de una corta alusión a los versículos omitidos y llega hasta el vers. 36, último de la escena de la transfiguración, explicado el cual ya no reaparece hasta unos 20 versículos después. Por consiguiente, S. Ambrosio considera como un todo el conjunto de dichos versículos. Y en realidad sus frases, aunque descuidadas de la letra, bastante lo significan. Dice, por ejemplo: "Ergo ut scias quia Petrus, Jacobus et Joannes mortem non gustaverunt, gloriam resurrectionis videre meruerunt; solos enim tres istos post haec fere verba in diebus octo assumpsit et duxit in montem" (1). En estas palabras se da como razón de que S. Pedro, Santiago y S. Juan no gustaron la muerte, el que fueron escogidos para ver la transfiguración; luego uno y otro pasaje forman un todo (2).

En el Oriente son más numerosos los testimonios. Dejemos por ahora a los tres grandes Capadocios S. Basilio, S. Gregorio Nazianzeno y S. Gregorio Niseno, porque indican principalmente una idea que hemos de desarrollar después.

(1) *Exposit. in Lucam*, I. VII; *ML* 15, 1785 ss. Las palabras citadas están en el n. 6, col. 1788.

(2) En la exposición del Salmo 118 el Santo Doctor aplica el texto al mismo día del juicio sin pasar por la transfiguración; pero todo el pasaje es una exposición moral: "...denique alii descendunt in infernum viventes, alii, cum sint corpore mortui, meritis suis vivunt; sunt enim qui non gustabunt mortem, donec videant filium hominis die judicii revertentem, quando cum gloria sancti resurgent." (*Corpus Vindob.*, *S. Ambrosii opera*, pars. V, *exposit. Ps. CXVIII*, ed. *M. Petschenig*, n. 47, p. 108; *ML* 15, 1334).

*Eusebio de Cesarea* (339/340) en las obras que ciertamente se le atribuyen tiene alguna alusión. Así, por ejemplo, en su *De Eccles. Theol.* disputando contra Marcelo dice que en la transfiguración Jesús mostró a sus tres predilectos discípulos εἰκόνα... τῆς βασιλείας ἡτοῦ (1), alusión clara al “donec videant venientem in regno suo”. Más clara es aún la alusión, si ya no equivale a una afirmación expresa, en los comentarios a S. Lucas, si bien éstos no parecen con certeza de Eusebio. Después de manifestar el Señor su futura pasión y de exhortar a su seguimiento aun con pérdida de la vida y de todo lo presente, “...ne oratione tantummodo solisque verbis videretur persuadere, necessario ad opera venit, ipsis eorum oculis divini regni sui objiciens imaginem ἡτοῖς ὀφθαλμοῖς δεικνὺς ἡτοῖς τὴν εἰκόνα τῆς θεϊκῆς ἡτοῦ βασιλείας. Quapropter quum dixisset fore ut ipse illum erubesceret, se erubisset quo tempore cum Patris sui gloria adveniet, deinde pergit dicere: *Vere autem dico vobis, sunt quidam &*” (2). Y que la transfiguración sea esta *imagen* se deduce de la contextura misma grammatical, pues inmediatamente sigue: “Et in transfiguratione quidem tres tantummodo &,” donde la partícula *et quidem* indica que se trata de algo unido con lo anterior. Además dicha unión resalta de las palabras siguientes, en las cuales se afirma que en la transfiguración vieron los tres Apóstoles τὴν δυνάμει ὀφθεῖσαν ἡτοῖς βασιλείαν τῶν οὐρανῶν; después, dando Eusebio como supuesto que en la transfiguración se cumple la promesa de ver el reino de Dios, sólo hace resaltar las diferencias que habrá entre la transfiguración y la segunda venida gloriosa (3).

*S. Epifanio* († 403) no comenta ex profeso el texto: *Sunt de his stantibus qui non gustabunt mortem &*; pero claramente afirma que en la transfiguración se cumplió la promesa en él contenida (4). Sólo modifica ligeramente las últimas palabras, pues en vez de “in regno suo” escribe “in gloria sua”.

Lo mismo que S. Epifanio, el gran Doctor de la Iglesia *S. Juan Crisóstomo* († 407) señala también la transfiguración como el cumplimiento de la promesa contenida en el vers. 28 del cap. XVI de

(1) Lc., I. III, c. X; *MG* 24, 1017.

(2) *MG* 24, 548-549.

(3) Lc., col. 549.

(4) *Panarium*, I. II, tom. II, haer. 69, n. 77; *ML* 42, 332.

S. Mateo. Con ella quiere el Señor τὴν ὄφιν αὐτῶν πληροφορῆσαι καὶ δεῖξαι τις ποτέ ἔστιν ἡ δόξα ἐκείνη, μεθ' ἣς μέλλει παραγίνεσθαι (1). La autoridad sin par de S. Juan Crisóstomo y su gran tino exegético garantizarán a esta explicación una vida perenne en el Oriente, y aun podemos decir en toda la Iglesia. Con mayor razón que en el siglo iv, será mirada la transfiguración en el siglo v y en los siguientes como el cumplimiento de la promesa del Salvador de “que no gustarán algunos la muerte antes de verle venir en su reino”.

Antes de cerrar el siglo iv, oigamos el testimonio de S. Efrén, Doctor también de la Iglesia universal († 373). En la traducción latina de su comentario al Diatessaron quedan obscuras varias frases tomadas por separado; pero del conjunto no cabe dudar. Toda la explicación que sigue a la cita, por cierto muy imperfecta, del vers. de S. Mateo, ya tantas veces citado, es de la transfiguración. A la transfiguración llama también *reino*, lo que recuerda aquellas palabras: “...venientem in regno suo”, o las paralelas de S. Marcos y S. Lucas. Dice así: “At si transfiguratio est regnum quod accepit post resurrectionem, cur post resurrectionem non in hac forma apparet?...” (2). Pero además, S. Efrén tiene un sermón entero sobre la transfiguración, en donde habla expresa y clarísimamente. Citemos un solo fragmento: “Viri etenim quos dixit non gustaturos mortem donec videant figuram adventus ejus, hi sunt quos assumptos duxit in montem et ostendit eis quo pacto venturus sit in die novissimo in gloria divinitatis et in corpore humanitatis suaee...” (3).

## S I G L O V

Al igual de los Padres del siglo iv, los hombres más eminentes de la Iglesia, tanto en el Oriente como en el Occidente, explican clara-

(1) *In Matth. homil.* 56 [al. 57]; *MG* 58, 549.

(2) Cap. 14 ed. *Aucher-Moesinger*, pp. 155-156, Venetiis, 1876.

(3) *S. P. N. Ephraem Syri opera omnia...* 6 vol. (3 vol. syriace et latine, 3 vol. graece et latine) ed. *Assemani*, Romae, 1732-1746; v. 2 graec et lat., p. 42. Aunque el fondo del sermón sea de S. Efrén, creemos que tal como está no le pertenece. Pues las fórmulas cristológicas que emplea son tan perfectas que no parecen sino copiadas del mismo Concilio de Calcedonia. Diríase, por tanto, que está retocado por un escritor bastante posterior a S. Efrén. Véanse, por ejemplo, las fórmulas del final del Sermón (lc., p. 49).

mente por la transfiguración el cumplimiento de la promesa del Salvador.

En Occidente sobresalen entre todos el Doctor Máximo *S. Jerónimo* (419-420), el Águila de los Doctores *S. Agustín* († 430), y por encima de todos, a lo menos por la autoridad de la silla que ocupa, la noble figura del Papa *S. León Magno* († 461), cuyas fórmulas, tan sencillas como luminosas, parecen rayos que descienden serenamente del trono de la divinidad.

Para quitar a sus discípulos el terror que les hubiese causado la exhortación a la cruz, Jesús les anuncia su segunda venida “en la gloria de su Padre con sus ángeles” para dar a cada uno según sus obras. Comentando este pasaje, presenta *S. Jerónimo* a los apóstoles como objetando en su interior lo siguiente: “...Occisionem et mortem nunc dicis esse venturam; quod autem promittis te ad futurum in gloria Patris cum angelorum ministeriis et judicis potestate, hoc in dies erit et in tempora longa differetur. Praevidens ergo occultorum cognitor quid possent objicere, praesentem timorem praesente compensat praemio. Quid enim dicit? *Sunt quidam de hic stantibus...* & ut qualis est postea venturus, ob incredulitatem vestram praesenti tempore demonstretur.” (1). Sigue inmediatamente la escena de la transfiguración y al describirla vuelve a repetir el Santo: “Qualis futurus est tempore judicandi, talis apparuit apostolis.” Por fin termina con estas palabras: “Futuri regni praemeditatio et gloria triumphalis demonstrata fuerat in monte.” (2). Luego la transfiguración es, según *S. Jerónimo*, el cumplimiento de la promesa hecha por el Salvador de que algunos le verían venir en su reino antes de morir.

Más clara aún, si cabe, aparece la mente de *S. Jerónimo* en su homilia 9 sobre *S. Marcos*. Transcribiremos sólo un pasaje: “Videntes illum in monte transfiguratum, viderunt illum apostoli transfiguratum in gloria sua qualis regnaturus esset. Et hoc est ergo quod adjunt *Non gustabunt mortem, donec videant regnum Dei*: Quod factum est post dies sex...” (3).

*S. Agustín* explica en varias partes por la transfiguración nuestro texto. Así, por ejemplo, en su comentario de la Epístola a los

(1) *In Matth.*, 1. III; *ML* 26, 121.

(2) *Lc.*, 121-123.

(3) *Anecdota Maredsolana*, v. III, pars. II, *Tract. sive Homil.*; *Maredsoli*, 1897, pp. 347-348.

Gálatas escribe: "Petrus autem et Jacobus et Joannes honoratores in Apostolis erant, quia ipsis tribus se in monte Dominus ostendit in significatione regni sui, cum ante sex dies dixisset: *Sunt hic quidam de circumstantibus qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis in regno Patris sui.*" (1). El texto es evidentemente el de S. Mateo, aunque un poco modificado. Breve y clarísimo también en uno de sus sermones: "Inspicienda nobis et tractanda est, charissimi, visio ista quam Dominus demonstravit in monte. Ipsa est enim de qua dixerat: *Amen dico vobis quia sunt hic quidam...*" (2).

En uno de sus incomparables sermones explana S. León la escena del Tabor con su acostumbrada majestad y noble sencillez. Sus palabras no deben substituirse por otras. Dice, pues, así: "Ut ergo istam felicis constantiae fortitudinem toto Apostoli corde conciperent, et nihil de suscipiendae crucis asperitate trepidarent, ut de supplicio Christi non erubescerent...: *Assumpsit Jesus Petrum et Jacobum et fratrem ejus Joannem* (Matth. XVII, 1), et consenso cum eis seorsum monte praecelso, claritatem illis suae gloriae demonstravit; quia licet intellexissent in eo majestatem Dei, ipsius tamen corporis, quo Divinitas tegebatur, potentiam nesciebant. Et ideo proprie signanterque promiserat quosdam de astantibus discipulis non prius gustare mortem, quam viderent Filium hominis venientem in regno suo, id est in regia claritate, quam specialiter ad naturam suscepti hominis pertinenter, his tribus viris voluit esse conspicuam." (3).

Si estos varones extraordinarios, que dominaban sobre todos los demás, daban esta dirección precisa y clara en la interpretación del vers. 28 de S. Mateo, que nos ocupa, lo mismo en sus obras científicas que en los sermones y homilías, podemos ya colegir lo que pensaría la multitud. Pero oigamos siquiera una voz más humilde, aunque también autorizada; podría decirse que trae además los ecos del Oriente.

*Casiano* († 435), en una de sus *Colaciones*, sin pretender dar una interpretación exegética, usa de nuestro texto en sus explicaciones ascéticas de tal manera que no es posible dudar de su mente, totalmente conforme a la de los tres Santos y Doctores arriba citados.

(1) *ML* 35, 2113.

(2) *Serm.* 78, n. 1; *ML* 38, 490. Con no menor claridad en *De consensu Evangelist.*, I. II, c. 56; *ML* 34, 1133.

(3) *Serm.*, 51 [al. 94], c. II; *ML* 54, 310.

Dice así: "Secundum mensuram... puritatis suae... unaquaeque mens in oratione sua vel erigitur vel formatur, tantum scilicet a terrenarum ac materialium rerum contemplatione discedens quantum eam status suae provexerit puritatis feceritque Jesum vel humilem adhuc et carneum, vel *glorificatum et in majestatis suae gloria venientem* internis obtutibus animae pervideri. Non enim poterunt *intueri* Jesum *venientem in regno suo* qui adhuc &, sed illi soli... qui de humilibus ac terrenis operibus et cogitationibus *ascendentes cum illo secedunt in excelso solitudinis monte* qui... gloriā vultus ejus et claritatis revelat imaginem his qui merentur eum mundis animae obtutibus intueri." (1). De estas palabras se colige clara, aunque indirectamente, que, según el santo Abad, el ver a Jesús transfigurado, fué verlo, conforme decía la promesa, "venientem in regno suo".

Durante el siglo v dos hombres descuellan en Oriente sobre todos los demás; son los dos últimos astros, de primera magnitud todavía, en la edad de oro de la literatura patrística; rivales entre sí, pero los dos santos, aunque con muy distinta suerte: el uno inscrito en el catálogo de los Santos, colmado de alabanzas por los mismos Concilios y Doctor de la Iglesia universal; el otro condenado en alguno de sus escritos por el Concilio Constantinopolitano II y rodeado de cierta penumbra de heterodoxia, si bien como anticipada compensación, que sirviera quizá de cierto freno en los siglos siguientes a sus terribles adversarios, allá en los posteriores años de su vida, cuando su cabeza estaba ya blanca con las canas y había pasado largos años luchando heroicamente por la fe, el Señor le deparó la honra y el consuelo de que el gran Papa S. León reconociera su personal ortodoxia y mandara al Concilio de Calcedonia que, como a Obispo ortodoxo, lo admitiera entre sus miembros. Con esto hemos nombrado ya a S. *Cirilo Alejandrino*, Doctor de la Iglesia universal († 444) y a su ilustre rival Teodoreto († c. 457).

El testimonio de S. *Cirilo* tiene muchas particularidades dignísimas de notarse. Por ahora sólo recogemos la afirmación expresa de que la transfiguración es el cumplimiento de la promesa del Salvador. Escribe el Santo en sus comentarios sobre S. Mateo: "...ut eos (Apostolos)... armet ad fortitudinem, futurae illis gloriae cupidita-

(1) *Collat. X*, n. VI; *Corpus Vindob.*, vol. XIII, ed. *Petschenig*, pp. 291-292; *M L* 49, 826-827.

tem excitans, ait: *Sunt quidam de hic stantibus...* Petrum insinuans ac filios Zebedaei; hi enim in transformatione simul assumpti sunt, quam regnum vocat &.” (1). Igualmente se expresa el Santo en sus comentarios a S. Lucas (2). Lo mismo expone con mayor amplitud en una homilía sobre la transfiguración. Transcribamos solamente un breve fragmento: “*Dico vobis, inquit, sunt quidam ex iis qui hic stant, qui non gustabunt mortem...* Num eis eousque vitae extendetur mensura ut ad illa perveniat tempora, post quae in consummatione saeculorum descendens de coelis restituet sanctis paratum eis regnum?... Quomodo ergo fecit miraculi spectatores eos, qui promissum acceperant? Ascendit in montem habens ex eis tres electos; deinde transmutatur in quemdam excellentem et divinum splendorem &.” (3).

En una carta magnífica, escrita en el ocaso de su vida, *Teodoreto* se defiende egregia y vigorosamente de las acusaciones de sus adversarios. Más allá de la mitad, evoca los nombres de una multitud de Santos en pro de la doctrina por él enseñada; esta serie ilustre la corona el Papa S. León, cuyo testimonio aduce no sin cierta emoción con estas palabras: “*Sed et qui nunc magnam Romam regit, rectorumque dogmatum radios ab Occasu undequaque diffundit, sanctissimus Leo, hancce nobis fidei regulam litteris suis exposuit.*” (4). Pocas líneas después añade Teodoreto: “*Et Dominus ipse, cum dixisset apostolis Sunt quidam de hic stantibus qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis venientem in gloria Patris, post sex dies assumpsit eos in montem excelsum valde, et transfiguratus est ante illos &.* Per haec autem secundi adventus modum ostendit &.” (5); donde se ve que el ilustre Obispo de Cirro considera como un todo, promesa y cumplimiento, la transfiguración y el anuncio de que algunos no gustarán la muerte antes de ver al Salvador viniendo en la gloria o en el reino de su Padre. Citemos ahora algunos escritores más modestos.

Contemporáneo de Teodoreto y perteneciente también al Patriarcado Antioqueno, es el Arzobispo de Seleucia *Basílio* († c. 459), predicador elocuente y de estilo muy pintoresco, aunque algo rebuscado

(1) *MG* 72, 424-425.

(2) *Lc.* cols. 652-653.

(3) *MG* 77, 1012.

(4) *Monachis Constantin.*, ep. 145; *MG* 83, 1384.

(5) *Lc.*, col. 1385.

y exagerado; el cual, después de ciertas vicisitudes, luchó con S. León Magno contra Dióscoro, y murió en la ortodoxia. En una homilía sobre la transfiguración, llena de animación y de vida, se puede decir que, desde el principio hasta el fin, ora supone, ora afirma expresamente que en la transfiguración cumplió el Señor la promesa, hecha a sus discípulos seis días antes, de que algunos le verían venir en su reino (1). Pero a esta preciosa homilía hemos de volver después para detenernos en ella; por ahora nos basta lo indicado.

De *Hesiquio de Jerusalén* († 450) parece ser, aunque no con certeza (2), la “Colección de dificultades y soluciones tomada en compendio de la harmonía evangélica”. En la dificultad XI se propone la siguiente cuestión: “Qua de causa Matthaeus et Marcus, post dies sex, Lucas autem post dies octo, a promissione discipulis facta transfiguratum esse Dominum ajunt?” Sigue la solución: “Quoniam illi medios dumtaxat exponunt dies inter promissum et transfigurationem; at Lucas cum illis sex et alias duos, quorum primo promisebat, secundo transfiguratus est” (3). Tanto la dificultad como la solución indican obviamente que la transfiguración se considera como el cumplimiento de la promesa hecha seis días o como ocho días antes; y que ésta no viene aquí materialmente, desligada de la transfiguración, y sin más relación que la de tiempo, sino como promesa de aquello mismo que dentro de los seis u ocho días tuvo lugar.

## ORIENTE

### S I G L O S V I - V I I I

Antes de volver al Occidente recorramos brevemente el tiempo que media hasta el último Padre de la Iglesia oriental, S. Juan Damasceno. Ni es preciso poner particular interés, porque después de la edad de oro de la literatura oriental patrística, después de S. Cirilo Alejandrino y de Teodoreto, los autores siguientes casi no ha-

(1) *MG* 85, 452 ss.

(2) Cfr. *Bardenhewer, Geschichte der altkirchlichen Literatur*, IV, 1924, pp. 259-260.

(3) *MG* 93, 1404. En vez de la traducción “quorum primo promisebat, secundo, etc.”, estaría mucho mejor traducir “quorum altero promisebat, altero, etc.”. En el griego se lee: «ψυ τῇ μὲν... τῇ δὲ...»

cen otra cosa, en materia de exégesis, que reproducir el pensamiento y aun las palabras de sus mayores, mediante compilaciones y florilegios. Eso prueba que se vivía de lo pasado; y el tiempo pasado había dejado un rastro de luz intensa en la interpretación de la célebre promesa del Salvador.

En el *siglo VI* no hallamos sino obscuros autores. *Procopio de Gaza* († 528) indica brevemente y de una manera indirecta que la transfiguración en la cumbre del Tabor es el cumplimiento de la promesa hecha a los discípulos (1).

Con el nombre de *Timoteo de Antioquía* († c. 535) ha llegado hasta nosotros una homilía sobre la transfiguración. El autor no comenta el texto de S. Mateo, sino el lugar paralelo de S. Lucas. Para nuestro propósito viene a ser lo mismo. Ahora bien, sea lo que fuere de ciertas particularidades que dicha homilía ofrece y que a nuestro juicio provienen simplemente de comentar a S. Lucas, la afirmación es expresa sobre que la promesa del Salvador se refiere a la transfiguración. Dice así: “*In veritate dico vobis* (O Domini bonitatem! jurat dubitantibus)... *In veritate dico vobis, sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabunt mortem donec videant regnum Dei...* Quid ergo subjicit Evangelista? *Factum est post haec verba, fere dies octo.* Celeriter fidem facit Dominus, mox desiderium satiat. *Assumit Jesus Petrum et Jacobum et Joannem.* Quid ais, amice? Vidistine quam certam fidem Christus Dominus ambigentibus apostolis et in terra etiamnum degentibus, post octo dies coram praesens ipse fecerit...?” (2).

Un nombre ilustre podríamos recordar, si con seguridad le perteneciese cierto sermón *In Transfigurationem Domini N. J. Xti*. Sería nada menos que el íntimo amigo de S. Gregorio Magno y Patriarca de Antioquía, S. *Anastasio* († 599). A su nombre corre, mezclado con otros también de dudosa autenticidad, pero que parecen proceder de este tiempo, el sermón antes nombrado, del cual nos bastará copiar el siguiente pasaje: “*Quocirca post diem sextum a promissione, promissionem implet quam ad discipulos dixerat. Erat autem illa ejusmodi: Sunt quidam de hic stantibus, qui non gustabunt mortem, donec videant regnum Dei...* Quapropter post dies sex eos

(1) *In Exod.*, XXXIII, 14; *MG* 87 (I), 675-676.

(2) *MG* 86 (I), 260-261.

assumpsit, quos diviniora regni mysteria scire oportebat, prius quam gustarent mortem." (1).

En cambio el *siglo VII* nos presenta en pro de la exégesis tradicional nada menos que a su mayor teólogo: *S. Máximo* († 662), el atleta fortísimo de la fe contra el monoteísmo. Amante de las explicaciones alegóricas, también en nuestro caso se explaya *S. Máximo* en ciertos sentidos *espirituales* afines a los de *Orígenes*. Pero de todas maneras la explicación de la promesa del Salvador por la transfiguración es evidente (2).

También, como es natural, los exégetas de este tiempo, generalmente oscuros y poco originales, continúan las antiguas exposiciones. Tal *Pedro de Laodicea* (mitad del s. VII), del cual están editados los comentarios a *S. Mateo* (3). Como escribe su editor Heinrici, su obra es "wesentlich Sammelarbeit" (4); mas por eso mismo corre por ella puro el manantial de la tradición.

Y vengamos ya al *siglo VIII*, al siglo del último Santo Padre de la Iglesia oriental. *S. Andrés de Creta* († 720), en una homilía sobre la transfiguración, llena de pensamientos profundos, si bien monótona y falta de sencillez, como lo son en general sus escritos, no sólo presenta unidos, a manera de un todo, el versículo *Sunt quidam de hic stantibus &* y el relato de la transfiguración, sino que expresamente afirma o supone la explicación tradicional cuando para mostrar el acuerdo entre *S. Lucas* y los otros sinópticos sobre el día de la transfiguración, escribe: "...Etenim illi, omissa die qua Verbum rem brevi futuram apostolorum collegio praedixisset, itemque die (5) qua idem ipsum praenarratum Verbum (6) mirabiliter effecisset, &..." (7).

Hacia la mitad del siglo VIII, alrededor del 749, se extingue el último Santo Padre de la Iglesia oriental: *S. Juan Damasceno*. Y

(1) *MG* 89, 1365.

(2) *Capit. theol. et oecon. Centuria II*, n. 13; *MG* 90, 1129, 1132.

(3) *Beiträge zur Gesch. u. Erklär. des N. T.*, V, *Des Petrus von Laodicea Erklär. des Matthäusevang.*, ed. *Georg Heinrici*, Leipzig, 1908.

(4) *Lc., Einleitung, II Zur Charact. des Petruskomm.*, n. 3, p. XXXIII.

(5) En *Migne* se lee *diem*; es una errata evidente.

(6) En vez de *Verbum*, la traducción latina de *Migne* pone *opus*; pero es otra errata evidente, pues el griego lee ὁ Λόγος.

(7) *MG* 97, 940.

S. Juan Damasceno rubrica también con su autoridad la exégesis que floreció así en Oriente como en Occidente durante toda la edad de oro de la literatura patrística (1). Una particularidad notaremos tan sólo. A causa de la dificultad que sin duda entraña la *plena* explicación del versículo *Sunt quidam...* por la transfiguración y por cualquier otro acontecimiento que no sea la misma segunda gloriosa venida de Cristo, comenzaron algunos *innominados* a excogitar la improbable explicación, hoy por todos abandonada, de que el Salvador, al anunciar que algunos no gustarían la muerte, se refería al apóstol S. Juan, el cual, en realidad de verdad, no moriría hasta ver con sus propios ojos la segunda venida de Jesucristo. Esta extraña interpretación la combate S. Juan Damasceno en una larga homilia sobre la transfiguración (2). Un poco antes, en el siglo vii, el *Pseudo-Cesario Nazianzeno* nos la refiere también para refutarla y establecer la tradicional (3).

Tenemos, pues, que durante toda la edad patrística, comenzando ya del siglo ii, pero sobre todo en los tiempos de mayor esplendor de la teología y exégesis, en todo el Oriente se va transmitiendo de siglo en siglo la interpretación de la promesa del Salvador de que algunos no morirán antes de verle venir en su reino, como verificada en la transfiguración; y sólo en los tiempos de decadencia, siglos vii y viii, se emite por algunos la extraña especie de que el apóstol S. Juan está preservado de la muerte, precisamente para el cumplimiento de aquella promesa.

Llegados al siglo viii no hay para qué continuemos nuestras investigaciones. Las aguas vivas de la tradición quedan estancadas en Oriente, mas sin detrimento, según nos parece, en nuestro caso. Los nombres, célebres en la exégesis oriental, de Teofilacto (4) y Eutimio Zigabeno (5), que suelen seguir fielmente a S. Juan Crisóstomo; más tarde los enigmáticos de Gregorio Cerameus (6) y Gregorio Palamas

(1) *Homil. in transfig. Domini*; MG 96, 545 ss.—Véase especialmente hacia la mitad n. 7 ss., col. 556 ss.

(2) *Lc.*, cols. 556-557.

(3) *Dialog. III, Interrog.* 178; MG 38, 1148 ss.

(4) *Enarrat. in Ev. Matth.*, c. XVI, v. 28; MG 123, 324-325.

(5) *Comm. in Matth.*, c. XVI, v. 28; MG 129, 476.

(6) *In salutarem Transfig. D. N. I. Xti*, hom. 59; MG 132, 1020 ss.

(1) y el más conocido de Bar Salibi (2) nos atestiguarán la adhesión, perpetuada en Oriente, a la interpretación de la promesa del Salvador por la escena de la transfiguración.

F. SEGARRA

(Continuará.)

---

(1) *In venerab. Dom. et Dei ac Salv. N. J. Xti. Transfig.*, hom. 34; *MG* 151, 424 ss.

(2) *Corpus script. christ. oriental., Script. Syri, Versio, series 2*, t. 98; *Dionyssi Bar Salibi comm. in Ev.*, c. XVI, v. 28 y c. XVII, fasc. II, p. 285 ss. Romae, 1922.